Nicolás Suescún nació en Bogotá en 1937. Hizo estudios en los Estados Unidos y en Francia. Ha editado *Diez cuentos colombianos* (Montevideo, 1970), y publicado dos libros de cuentos: *El retomo a casa* (Santiago de Chile, 1972) y El *último escalón* (Bogotá, 1977). Realizó dos exposiciones de *collages* en Berlín y en Bogotá, y ha publicado numerosos poemas, comentarios y traducciones en periódicos y revistas.

En *El extraño y otros cuentos* recoge cuarenta de sus cuentos breves, a medio camino entre su poesía y sus relatos, en los que ironiza sobre la política, el amor, la soledad y algunas perversiones.

PORTADA (foto y diseño): Mario Rivera

ISBN 84-8277-053-5

CARLOS VALENCIA EDITORES

EL EXTRAÑO Y OTROS CUENTOS

Nicolás Suescún

CARLOS VALENCIA EDITORES

EL EXTRAÑO Y OTROS CUENTOS

Nicolás Suescún

CARLOS VALENCIA EDITORES / BOGOTÁ 1980

Primera edición: mayo de 1980

Suescún Nicolás, 1937-

El extraño y otros cuentos / Nicolás Suescún. -- [Iª. ed.] -- Bogotá: Carlos Valencia, 1980.

82 p.

ISBN 84-8277-053-5

1. CUENTOS COLOMBIANOS 2. LITERATURA COLOMBIANA-SIGLO XX. I. Tít.

CDDCo863.44

Ficha: Icfes. Catalogación en la publicación

Derechos reservados: Nicolás Suescún

Carlos Valencia Editores

Apartado 22197, Bogotá, Colombia

Impreso en los talleres de Carlos Valencia Editores, Bogotá

CONTENIDO

I. *YO SOY TÚ*

El extraño 11

Mi padre era azul 12

El piano 13

El hombrecillo del sombrero gris 14

Mascarilla de difunto 15

Una aventura 16

Nocturno 18

Meditaciones de un contemplativo 19

El secreto del doble 20

El hombre acabado 21

II. *JUST ANOTHER DOG*

Homúnculo 25

Personaje local 27

Hombre público 28

Exilio voluntario 29

Noticia del año 2000 30

Noticia 32

Para un bestiario 35

El caso del locófito bizco 36

Primera y última historia de Mirábile Mónstrum 39

Freud: his sins and dreams 41

III. *LOS SUEÑOS*

El hombre 47

Un sueño 48

Sueño II 49

El sueño de un burócrata 51

Los sueños, sueños son 53

Misión secreta 55

Falta de sueños 56

Afuera y adentro 58

Paranoia 60

Despertar 63

IV. *LA CONQUISTA*

El retorno de Drácula 67

El fin del mundo antiguo 68

Padre e hijo 69

Exhibicionista 71

Un visitante 72

La historia resumida 73

Encuentro 75

La búsqueda de la verdad 77
El sueño del Jefe 78
La conquista 80

Yo soy tú

— Novalis

EL EXTRAÑO

Llegó de noche, a caballo. Recorrió el pueblo, calle por calle. Todos dormían, fuera de mí, que en ese tiempo sufría de insomnio. Apagué la luz para verlo mejor. Era alto y muy pálido. Sus ojos brillaban en la penumbra como los ojos de un gato salvaje. Fumaba, exhalando el humo lentamente. Dejó caer las riendas y que su caballo continuara, hasta que todos despertaron y se asomaron a las ventanas. Fue en ese momento que cogí mi revólver y le disparé. Otros se llevaron el cadáver, que nadie vino a reclamar. No tuve que comparecer ante el juez. Todos comprendieron que lo había hecho por el bien de la comunidad.

Ese fue el principio de mi carrera política.

MI PADRE ERA AZUL

Mi padre era azul. Alcalde del pueblo. Un día llegó un grupo de forajidos que había sembrado el pánico en la región. Sobre caballos sudorosos, y hambrientos. En la plaza levantaron enormes columnas de polvo. Mi padre salió a su encuentro.

Ellos le hablaron primero: "¿Usted es azul, o rojo?". "Soy el alcalde", dijo él. "Eso no fue lo que le preguntamos. Lo que queremos saber es si usted es nuestro amigo o nuestro enemigo". "Podemos pactar. Yo les puedo hacer algún servicio". "Nosotros no necesitamos ayuda. Le hemos hecho una pregunta. Contéstela o dese por muerto".

"Soy rojo", dijo él por fin, y ellos lo acribillaron. "Para que aprenda, rojo de mierda". Y como no murió inmediatamente lo desnudaron, lo ataron a un árbol y le cortaron el sexo con un machete. Él decía: "No, no, es un error, soy azul, azul". "Ahora se nos volteó", dijeron ellos. "De todos modos lo hubiéramos quemado. No nos gustan los alcaldes".

Yo, años más tarde, me uní a ellos para vengar su muerte. No me gusta matar ancianos. Prefiero las mujeres y los niños.

EL PIANO

El piano de cola que me hizo comprar apenas cabía en la pieza. Para llegar hasta la silla tenía que dar una vuelta entera porque la mesa me impedía el paso.

La otra silla la habíamos tenido que poner en la cocina.

El sofá lo habíamos tenido que vender.

Ella siempre estaba en el banquillo, interpretando con gran entusiasmo sus piezas preferidas.

Dejó de cocinar.

Salíamos a comer.

A veces no comíamos.

Yo la escuchaba con ese amor intenso que siempre le tuve.

Hasta que me volví sordo, sordo como una tapia, al poco tiempo. Después me contentaba con mirarla a través de la tapa y el cuerpo del piano.

A veces alcanzaba a ver sus cuerdas vocales.

Eso era cuando cantaba los *Kinderotenlieder* de Mahler o sus arias favoritas de Wagner.

La quería más cada día.

Y ahora, que ya no está conmigo, creo que me voy a morir de silencio.

EL HOMBRECILLO DEL SOMBRERO GRIS

Todos los días, el hombrecillo de negro caminaba en dirección opuesta a la corriente del río. Yo desconocía el objeto de sus paseos. No podía estar seguro si vivía río arriba o río abajo. La curiosidad se apoderó de mí y me dediqué a espiarlo. Lo que más me intrigaba era su retorno. Nunca volvía a aparecer sino hasta la tarde siguiente. No lo veía pasar por la mañana. Era obvio que debía volver por otro camino.

Al principio, atisbaba desde mi ventana. Con el tiempo esto no fue suficiente y salí a la calle. Me sentaba en un banco y lo veía pasar muy cerca. No era tan flaco como pensaba y era viejo. Llevaba un sombrero pasado de moda, de alas muy anchas. Gris. Mascullaba frases de las que no alcancé nunca a entender ni una sola palabra. Siempre tuve la impresión de que debía de ser extranjero, aunque no espía. Su edad excluía esta posibilidad, pensaba yo.

Nunca me atreví a hablarle, pero un día lo seguí, procurando que el eco de mis pasos

coincidiera con el eco de los suyos. Llegamos al borde de la ciudad, a un sector industrial donde el humo de gigantescas chimeneas ahogaba la escasa luz, que un trecho antes todavía hacía vagamente visibles los contornos de las casas en la ribera opuesta.

Me salvó un pescador. Nunca he estado tan cerca de la muerte.

MASCARILLA DE DIFUNTO

Estuvo esperando el alba sobre el borde quebrado de la colina malva. Montículo fácil de escalar. Sin embargo, llegar allí le había llevado años y miles de complicaciones. Ya en la punta, se secó el sudor con un pañuelo sucio, se comió un limón y respiró. Se puso a esperar. El alba, como era de esperar, llegó a la hora del amanecer y lo tiñó de rojo unos segundos.

Logrado su propósito, bajó por donde mismo había subido, lentamente. Abrió la puerta de su casa. Su mujer, su madre y sus hijos lo habían dado por perdido. Su mujer se había casado con otro. Su madre lo mimaba como si se tratara de su propio hijo. Le llevaba el desayuno a la cama.

Admitió su derrota, pero no olvidó el agua en la que había nadado. Se fue hundiendo y, a los pocos días, su cuerpo —

lívido— flotó a la vista de todos.

Un escultor tomó una mascarilla de su rostro. Extrañamente, el parecido es remoto. Podría muy bien ser la semblanza de otro hombre, del otro, por ejemplo. Debido, se diría, a que toda su personalidad estaba encerrada, tal vez en el color: el tinte de barro en sus mejillas, la sombra verdosa bajo los ojos.

El molde es, por supuesto, blanco. Más blanco que esta hoja.

UNA AVENTURA

La casa quedaba en la colina de los abedules. Por esos días, la luna rodaba unos momentos sobre la línea del tejado. Pero la casa no tiene ninguna importancia. Ni la colina ni los abedules —-tal vez no eran abedules — ni la luna. Lo esencial es el encuentro. Las peripecias que tuvieron lugar. Y que habían podido, por supuesto, suceder en cualquier otra casa, menos amplia, menos imponente, menos iluminada.

Abandono, pues, la descripción, paso a los hechos.

Su cuerpo era muy blanco, tenía las caderas anchas y los senos llenos. La vi en la playa. Ella me vio. Pero no sucedió nada: yo no le hablé, ella no me habló. Días después

estaba con un conocido mío. Aproveché la oportunidad, me acerqué y nos dimos la mano. Me dijo que era de origen rumano. Yo le hablé en rumano, pero ella se excusó. Confesó no conocer la lengua. Yo tampoco sabía rumano y me hubiera visto en aprietos si ella lo hubiera sabido. Debo añadir que por lo general no soy tan audaz.

Esa noche bailamos pata-pata. Yo le enseñé mi estilo único y personal de bailar ese ritmo ya pasado de moda. Aquella sesión tuvo lugar en la casa. Que no era mía ni de ella.

Después de bailar y de beber, salimos al aire libre. Hacía calor y las estrellas brillaban. Nos acostamos sobre la hierba, bajo los árboles. Hicimos el amor y nos

quedamos dormidos hasta el amanecer. El rocío nos empapó.

Al día siguiente ambos estábamos resfriados, pero volvimos a hacer el amor, esta vez en mi cama, en el hotel, entre estornudos y tragos de cogñac.

Yo le decía que la amaba.

Ella me confesó su pasión. Me adoraba desde el primer día. Después roncó tanto que no pude dormir. Por la mañana ya era demasiado tarde. Había decidido romper. No me quedaba ni un centavo después de la botella de cogñac, y tenía que volver a mi trabajo, en el sótano. Esa fue la única vez que me alcanzaron los ahorros para ir a la costa. Por eso me acuerdo.

NOCTURNO

Con un ojo se miraban, cíclopes, y con los dos, hombre y mujer, acostados en la cama, desnudos. Sus cuerpos llenaban la pieza, no dejaban libre ni un solo * resquicio. Sus sueños, sus recuerdos, sus palabras apagaban la luna que de ordinario se hubiera visto por la ventana.

No podían pedir más.

Pero sospechaban, en el fondo, que olvidarían, que recordarían apenas unas pocas palabras, un gesto, un comentario estúpido, una que otra cosa, en fin, que se prestaría a la caricatura y a la narración.

El tacto de sus pieles no lo recordarían sino imperfectamente, con dos o tres palabras.

Se quisieron quedar así, cuerpo contra cuerpo, llenando el cuarto que hubiera estado vacío de no estar sino uno de ellos en él. Pero el recuerdo de lo que iba a pasar irremediablemente les abría la puerta, los llevaba por pasillos interminables, en direcciones opuestas, y les hablaba, los obligaba a guardar silencio, los forzaba a caminar y caminar, a detenerse ante los espejos, a estudiar sus facciones ya casi desvanecidas, a dirigirle la palabra a extraños

personajes que surgían de la sombra.

Hasta que cada uno se encontró de nuevo solo, de nuevo aislado, el cuerpo del otro ahí no más, pero muy lejos... y perdía la vista, perdía el oído, perdía el tacto y los otros sentidos.

Entonces, la luna se dejó ver, un huevo fosforescente, a través de los vidrios.

MEDITACIONES DE UN CONTEMPLATIVO

Llevo años entregado a la vida contemplativa. Se podría decir que soy un eremita o, al menos, que hubiera podido serlo sin el menor problema.

Mientras yo me he mantenido aparte, reavivando en carne propia la decadencia y caída de un arte bastante ridículo, estudiando las costumbres de los transparentes animales de la región y observando los niños que se bañaban en el arroyo, éstos se han convertido en gerentes de banco, representantes de compañías extranjeras y, con excepciones, en padres de niños que chapotean en la piscina — el arroyo es peligroso ahora --, y que yo contemplo de reojo con un aire de que no me interesan para nada, mientras aspiro los olores astringentes de las cremas de sus madres, antaño de sonrisas alegres y pieles

fresquísimas, ahora maledicentes, gárrulas y celulíticas. El modo de mirarme de estas viejas es poco admirativo. Revela un gran desprecio.

Claro, tengo que admitirlo, estoy muy lejos de ser un Beau Brummel. En esto, creo, también me parezco a los pestilentes eremitas que de vez en cuando causaban aglomeraciones en Alejandría, Tebas y otras ciudades de Egipto.

En lo único que no me parezco, tal vez, es en eso de la castidad y el ayuno. Aunque no desenfrenado, admito que soy indulgente en materia de comer y beber.

EL SECRETO DEL DOBLE

Una escena común: dos hombres, el uno frente al otro, hablan sobre sus cosas. Reavivan una hoguera que no alcanza a calentar sus manos heladas. El humo, sin embargo, hace brotar lágrimas de sus ojos. La pieza se llena de niebla y, aunque sólo los separa la mesa, ya no alcanzan a verse. Ni siquiera a divisar el brillo de sus ojos.

Sus voces, cada vez más roncas, se oyen como a través de un largo túnel. Dice algo uno y el otro repite, igual a un eco. Después, ambos, cada cual por su lado, empiezan a olvidar la presencia del otro. Perciben que la hoguera se ha apagado. Que no hay humo ni niebla, que no están en el desierto de Gobi sino en la pieza de uno de ellos, iluminada por un desnudo y amarillento bombillo.

Miran, entonces, y no ven nada. El amigo se ha marchado, concluyen, sin despedirse. Estas cosas, claro, se le pueden permitir a los amigos.

Se incorporan, van a la cocina y se hacen un café. Se lo toman antes de que se enfríe, el uno con azúcar — dos cucharaditas—, el otro amargo. Dejan las tazas sobre la mesa.

Ahora uno lee un periódico mientras el otro hojea un libro, hasta que, de golpe, vuelven a hablar al mismo tiempo. Y el fuego crece otra vez. Pero sus manos siguen heladas.

EL HOMBRE ACABADO

No es eso, es peor. Usted se considera un hombre acabado. Se pregunta por su vida y responde que no le queda nada. Pero sucede que usted sigue, que usted persiste, que no está ni de lejos acabado. No son tantos sus años ni sus achaques. Le queda mucho tiempo. Es cierto, cuando ese tiempo haya pasado a usted le parecerá que ha sido demasiado poco. Pero póngase a pensar en él. Piense en los minutos, en los días, los meses y los años. ¿No le parecen interminables? Piense en los encuentros y los trabajos, en los viajes, las amantes y los hijos.

Claro, usted ha hecho muchas cosas, ha tratado de salir adelante y a veces lo ha logrado. También ha fracasado, y el recuerdo de sus fracasos le impide salir adelante. Salir de este pantano le parece una proeza irrealizable. Pero usted se equivoca, mí joven amigo. Aún puede salir de este marasmo. Depende de usted. Trabaje. Trabaje mucho, tenga paciencia. Cultive la esperanza. No permanezca horizontal. Haga gimnasia por la mañana. Coma tres veces al día y acuéstese temprano. Sea parco y recto. Tenga fe. Haga como yo. Yo ya he perdido la cuenta de mis años.

II

JUST ANOTHER DOG

...just another dog among a lot of dogs.

— William Carlos Williams

A cualquiera puedo recomendarle cordialmente la Gestapo.

—Sigmund Freud

HOMUNCULO

Se ha perdido y vaga sin rumbo por calles interminables, perseguido por sombras que se alargan, condenado a nunca llegar, a andar y andar y nada más en torno al útero de la ciudad, iluminado por una luz que le da un falso aspecto a las cosas, conducido a veces por guías turísticos transformistas, hecho a su situación de perenne paseante, obsesionado por sueños que nunca tuvo, reducido a su más mínima expresión, víctima de sonrisas y de gestos de tristeza y de la emoción de las últimas noticias, con grave riesgo de encontrarse en situaciones imprevistas, en la imprevisible, por ejemplo, aparición de un agente de la CIA disfrazado de perro, o la mirada beatífica de una santa dama, o la resurrección de un muerto, o la sombra de una estatua, o el olvido de una cosa de suma importancia, o la pacífica mirada de un sargento de la policía, o el canto destemplado de un gallo citadino, o el sabio recuento de sus actividades hasta la fecha, o su desenfreno carnal, o los veintiún cañonazos para celebrar la posesión de otro presidente elegido democráticamente, o el tráfico de automotores, o la sorda mirada de un juez, o el amor a la patria, o las treinta monedas de plata, o el poder de propagación de las

enfermedades venéreas, o la enternecedora mirada de un coronel que nunca ha estado en la guerra, o el aire desesperado del Sagrado Corazón, o la roja mirada de un conejo asesino, o los siete pecados capitales, o la invocación al Ratón, o un hombre que ya casi no puede respirar, o una buena deposición después del almuerzo, o la revolución triste, o el camino pedregoso de la clase media, o la soberanía nacional, o el reblandecimiento de los huesos, o un erróneo cálculo de probabilidades, o el desvanecimiento de algunas dudas, o un cuarto de hora, o la regresión cronológica de la personalidad, o santa Catalina de Siena, o los atavíos de una diosa indígena, o mil leguas de tierra poblada, o una piel de tigre, o un sino adverso que nos separa, o el cambio sociocultural de las áreas campesinas, o la oveja camino al matadero, o una pre-notificación oficiosa, o el viento oscuro que no logró apaciguar a la gran serpiente, o el erotismo anal, o la luz de ciertas estrellas, o las cosas que tienen lugar en el intestino delgado, o el arquitecto de las torres de la inteligencia, o la llegada del falso papa a Bogotá, o el derecho romano, o la fuente de un río, o el supremo inquisidor, o aquella introspección subjetiva habitual, o un viento helado en el ojo del culo, o la última tentación, o un espíritu que mata y una letra

que da vida, o la tercera parte de uno mismo, o una infinidad de interpretaciones, o la curiosidad de un niño, o los animales de pelo y pluma, o el paleolítico superior, o todas esas cosas, en fin, con las que tenemos que ver todos los días los que vivimos en este país de dignidad, donde su dólar va tan lejos...

PERSONAJE LOCAL

Era un guía bien pagado. Conocía los más secretos rincones del país. Estaba al tanto de todas sus riquezas materiales y de todas sus herencias espirituales.

Los ejecutivos que iban allí para atender a congresos y convenciones contrataban siempre sus servicios a muy buen precio para que, entre otras cosas, amenizara sus veladas con esas graciosas anécdotas suyas de sabor local.

Además, era experto en *night-spots. Y* siempre lograba salir de los complicados vericuetos que se le presentaban en el camino a una finquita, un pedacito de tierra, que tenía en las profundidades de la maleza tropical, cientos de metros más abajo, donde todavía se podían encontrar huacas de artífices prenorte-americanos.

Lo que, por supuesto, no quitaba que también fuera experto en antigüedades post-hispánicas, excelente catador de vinos y exquisito *gourmet* que sabía a ciencia cierta los cornos y porqués de la mediocridad de los restaurantes de la capital.

Razón por la cual siempre andaba con ganas de irse. Haciéndole a sus íntimos deliciosas descripciones de Ñapóles y

enternecedores recuentos de sus viajes por Suiza y el Tirol.

Pero claro que no podía irse. Se le podía secar el chorro de la ganancia.

HOMBRE PUBLICO

Soy un hombre público. Mi vida, toda mi vida, se desarrolla ante los ojos del electorado como una película con final feliz, ¿Cómo me puedes exigir a mí que le dé importancia a eso que tú, con esos eufemismos tuyos, llamas “intimidad”? Toda mi energía sexual, querida, se ha volcado hacia los logros en mi ascenso hacia las posiciones más codiciadas de la pirámide burocrática. La mención de mi nombre en la prensa, mi silueta en la televisión, mi voz en la radio me satisfacen más que un gastado orgasmo contigo, de hecho lo reemplazan, y con creces: no tienen comparación. No, no puedo darte eso pero mira un momento a tu alrededor y piensa: ¿Qué otra persona hubiera podido darte estos amplios y lujosos predios que a todos nos fatiga recorrer?

Pero no te diré nada de esto. Es un secreto entre yo y mi imagen.

EXILIO VOLUNTARIO

El alma del prócer —todos los próceres tienen almas y tal vez sólo ellos —; estaba altamente —no podía ser de otro modo —, preocupada.

En los últimos días una paloma, no una paloma blanca como la de la paz sino gris, con algunas plumas sepia, había decidido permanecer la mayor parte del tiempo sobre la cabeza de la estatua de bronce, obra de un discípulo de un discípulo de un escultor italiano, que había sido erigida en su honor en el centro de la plaza principal de su ciudad natal.

Si la paloma hubiera sido blanca, los ciudadanos habrían visto en su hábito una segura y providencial confirmación del remoquete con el que sus compatriotas lo conocían: “El hombre de la paz y la concordia’ ’.

Pero la paloma era un vulgar zuro, un insignificante y regordete pajarraco, y su costumbre era una evidente falta de respeto y educación que hacía de él —por intermedio de su augusta efigie —, el hazmerreír de cuantos pasaban a su lado. Los niños lo señalaban

con el dedo y se reían. Los adultos no podían contenerse. Y el estúpido bicho arrullaba en respuesta, completando el coro de irrespeto y escarnio.

La situación era intolerable. El prócer —su alma, es decir —. decidió entonces alejarse para siempre de su ciudad. Y ahora vaga por el mundo, tratando inútilmente de olvidar la ignominia.

NOTICIA DEL AÑO 2000

San Fernando, California, marzo 13, 2000. Lon, un mono blanco nacido hace veinte años en el Zoológico de Barcelona y estrella del parque local, acaba de escribir una pieza de teatro exactamente igual, palabra por palabra, salvo los nombres de los personajes y el título, a *La tempestad,* del dramaturgo inglés William Shakespeare.

Lon, uno de los pocos sobrevivientes del reciente terremoto que borró a San Francisco del mapa, aprendió a escribir a máquina a los dos años. Al principio, tecleaba sin ton ni son, pero fue adquiriendo una pericia que se hizo extraordinaria con el tiempo. Ha llenado millones de hojas, que le gusta examinar cuando las termina, como si las leyera.

Nadie se había dado cuenta del plagio hasta que el profesor Roger Seamurk, catedrático de literatura inglesa de la Universidad de Delaware, la vio representada aquí por un grupo que se dedica a montar las obras del gorila. Seamurk, conocido experto en la pieza de Shakespeare, reconoció inmediatamente el texto tantas veces leído y comentado y, rebosante de indignación, estalló en gritos e insultos y acusó de fraude a

los actores.

Estos demandaron al profesor, quien probó en la corte, sin dejar lugar a dudas, que *¡Oh People!, como* tituló el simio su obra, era un plagio total de *La tempestad,* la última y tal vez la más bella pieza de Shakespeare.

El grupo, a su vez, probó que había recibido el manuscrito de manos de Lon, quien es dueño de media docena de máquinas de último modelo, así como de una Torpedo, una Mónica y una antiquísima Smith-Corona.

La prensa no logró dilucidar el asunto a pesar de que llevó a cabo una detenida investigación. Mientras que los sabuesos de la policía se habían contentado con unas superficiales visitas a Lon, los abnegados periodistas convivieron varios meses con él.

Sólo pudieron descubrir, sin embargo, que Lon es un gran aficionado a la televisión educativa, en la que frecuentemente se ven representaciones de Shakespeare. El año pasado, *La tempestad* fue transmitida por lo menos una vez al mes. Es posible que el mono la haya memorizado, lo que sería la única explicación de este curioso caso de plagio. No sobra hacer notar que Lon detesta los libros.

NOTICIA

Washington, 1972. A las cinco de la tarde del pasado viernes se presentó un individuo ante la puerta de la casa del general Ulysses S. Ball, el general de cuatro estrellas más condecorado de las Fuerzas Armadas estadunidenses. El personaje de gafas oscuras, quien lucía un brillante abrigo de cuero negro y un sombrero gris encasquetado hasta los ojos, le comunicó al soldado de guardia, enfrascado en ese momento en la clasificación por colores de algunos documentos, que tenía un mensaje "ultra secreto" para su jefe, a quien antes debería entregarle un sobre "altamente confidencial" que sacó, después de complicadas maniobras, de un portapapeles -inorgánico-y -negro.

El soldado de guardia, Johannes B. Zimmer, sólo llevaba una semana al servicio de Ball, quien, según su costumbre, lo había reclutado en una clínica para disléxicos, la mejor garantía de que sus ayudantes no puedan leer los "ultras". Ball, mundialmente conocido por sus triunfos militares, también es famoso por su vegetarianismo a ultranza. Ha pronunciado cientos de conferencias en torno a la pregunta básica que define, por la seriedad, constancia y aplicación con que la

plantea, su recia personalidad de auténtico sacerdote del dios de la guerra: ‘ ‘ ¿Por qué no se debe comer carne? ’ ’.

Ball, también célebre por sus dos horas diarias de bicicleta estática y su culto estético a la naturaleza, rompió el sobre con visible nerviosismo, extrañado por

la irregular forma de entrega del “ultra” portado por el misterioso mensajero. El mensaje, que sólo decía: “Páselas por inocente! ”, confirmó todas las sospechas del brillante oficial. Erizado, pero sin perder su presencia de ánimo, Ball le preguntó a Zirnmer: “¿Qué hacía cuando le entregaron esta carta?”. “Estaba”, respondió el soldado raso de origen alemán, “clasificando los documentos violetas que me dio esta mañana”.

Ball explotó: “! Zimmer, queda usted detenido!”... No, no... espere... corra, vuele, esos papeles que desaparecieron de su mesa son los planes completos de la “Operación Tormenta Tropical”. Nadie debe verlos. Es el operativo más grande y ambicioso que jamás ha planeado el ejército. ¿Y usted lo deja ahí, sobre la mesa, simplemente porque un desconocido se presenta con un supuesto “¿ultra?” “¡Cuando hasta los más atrasados! saben que los ‘ultras’ siempre se mueven a

través do canales regulares-! “.

Zimmer voló escaleras abajo, seguido de cerca por el militar de noventa y ocho kilos, que quedó petrificado como estatua de sal al llegar al rellano. Zimmer se detuvo cuando oyó la atronadora imprecación: “¡Usted es más fatal que la nariz de Cleopatra! ¡Nuestra hegemonía será perjudicada sin remedio!” —y eludió milagrosamente la enorme masa del guerrero que se desplomó aparatosamente.

Ball no exageraba. “Tormenta Tropical” iba a ser la más complicada y costosa maniobra jamás emprendida por las Fuerzas Armadas. Su costo se calculaba en varios billones de dólares y su objetivo era borrar el Vietnam definitivamente del mapa. No menos de cuarenta y cinco cerebros y veintidós computadoras mamut participaron en su génesis.

El extraño individuo, con seguridad el mismo espía que sustrajo hace unos meses el meollo del plan “Pasión en el Caribe”, no ha podido ser localizado a pesar de las exhaustivas pesquisas llevadas a cabo por los servicios secretos. Los tanques pensantes del ejército, la aviación y la marina tendrán que idear todo de nuevo y olvidar para siempre ‘ ‘Tormenta Tropical”.

Johannes B. Zimmer desapareció a su

vez. La justicia militar ha emprendido una intensa búsqueda del soldado quien, probablemente víctima de un “shock” nervioso, se entregó a una desesperada y vergonzante fuga.

El general Ball sufrió graves poli fracturas y se encuentra en manos de dieciocho especialistas. Aún no ha recobrado el conocimiento y se teme por su invaluable vida.

PARA UN BESTIARIO

Ojos muertos como bolas de cristal. Melena escasa. Cavidad craneana reducida y, en algunos especímenes, completamente vacía. Poderosas garras invisibles. En apariencia manso, y viejo. Numerosas víctimas entre pobladores del campo poco habituados a la vida en la ciudad.

Tiene dos patas, dos manos, dos orejas y una trompa de cincuenta centímetros. Sexo: seis y medio centímetros, los más aventajados. Un metro treinta y dos de estatura. Incapaz de trepar a los árboles y omnívoro. Su peligrosidad es proporcional a su mansedumbre.

Especie poco numerosa, aunque extendida por todo el mundo. Se conocen algunos casos con un número indeterminado de patas y manos. También los hay con trompas desmesuradamente largas, que se arrastran por el suelo; y con colas igualmente desarrolladas, que emplean en juegos sin ningún significado para la sobrevivencia de la especie. Algunos sostienen que son parientes cercanos de los reptiles; otros, de los anfibios.

Llora fácilmente y se revuelca por el suelo cuando piensa en sus víctimas, que no son pocas. Proceso ideacional muy primitivo,

movido por asociaciones táctiles u odoríficas, nunca visuales.

EL CASO DEL LOCOFITO BIZCO

Era un hombre sin tacha. Tenía un elevadísirno sentido de sus deberes y responsabilidades. Tenía dinero. Tenía una envidiable posición social. Tenía condecoraciones de Costamala y Guaterica. Tenía madre, hijos, carros, voluntad, terneras. Tenía de todo. Apenas una que otra angustia oscurecía a veces el límpido firmamento de su vida y le agriaba de vez en cuando las comidas. El secuestro gruñía ante la ancha y severa puerta de su cómoda y amplia residencia. El robo rugía allá lejos, en el sur.

Algunos de sus hábitos eran inflexibles. Por la mañana, por ejemplo, después de devorar su periódico con mermelada escrutaba el cielo a través de la ventana del comedor para ver si debía o no ponerse la gabardina y sacar el paraguas. Esta ceremonia tenía lugar a las ocho y treinta y cinco en punto.

Pero la inalterable regularidad de sus días se rompió un miércoles por la mañana, cuando al bajar sus ojos del cielo nublado, inhóspito, los posó, sin darse cuenta cómo, en un locófito, o lo que tenía todo el aspecto de serlo, que se había introducido en el jardín y

en ese momento se estaba tragando, pétalo a pétalo, las rosas australianas que durante tantos años había cultivado su esposa con el delicado esmero que la caracterizaba en su trato con las plantas y los animales.

Se puso los anteojos para verlo mejor. Medía aproximadamente tres metros de altura y por lo menos uno *y* medio de largo, desde la cabeza hasta la raíz de la cola, es decir, las mismas proporciones de los locófitos que había visto reproducidos en uno de los últimos números de la revista *Crema.* Además, su pelambre era amarillo pollito, tenía cinco patas y una abertura ovoidal en medio del lomo. Su trompa debía de medir un metro, y poseía, lo que, era definitivamente característico de la especie, una inimitable, una inconfundible voz de soprano.

Después, al ver que la bestia se trataba de comunicar con él, notó cosas que despertaron aún más su curiosidad. Sus acariciantes ojos violeta se cruzaban. Era definitivamente bizco, y miope, lo más probable. Y se estaba comiendo las rosas con aceite y vinagre.

— ¡Están ricas sus lechugas!, cantó el locófito.

Hacía alarde de su estrabismo con un tris de orgullo y no poco de sofisticado

erotismo. ¡Y la miopía, la miopía! Él siempre había tenido una debilidad por la miopía. Su sonrisa era tan irresistible como de difícil descripción.

Había hecho buenas migas con Mefistofeles, el furioso mastín que dedicaba su vida a despedazar a cuanto intruso franqueara la alta tapia sembrada de cuellos de botella que protegía a la familia, a medias, contra los peligros de la realidad circundante.

La súbita amistad entre las dos bestias tenía todo el cariz de ser algo más que pura amistad. El can estaba flechado. Miraba los ojos del locófito, posesivo y absorbente, mientras lamía con delicadeza inusitada lo que daba la sensación de ser una herida en la segunda de las cuatro articulaciones de su quinta pata. ¡Era terrible! Entre los dos iban a volver nada la costosa grama azul importada de Escocia.

Sin embargo, mirándolo bien, esto no le importaba tanto. Lo que sí lo tenía en ascuas era conocer a fondo las causas del insólito romance. Sin cerrar la ventana, que había abierto para poder escuchar mejor el canto del locófito, se fue corriendo al jardín, de donde no ha vuelto a salir desde entonces.

El locófito pronto se repuso de su herida y confesó que se la habían hecho en

una pelea. Mefistofeles desapareció a los pocos días en forma misteriosa, aún no aclarada. No quedaron de él sino sus ojos —bailando en el aire por un instante — de ternero degollado.

Casi todas las preocupaciones del amo han desaparecido. Tal vez la única que le queda es la posibilidad de que su esposa lo visite. Cada vez que viene, trata de obligarlo a volver a la casa y como no logra convencerlo — él le cuenta bellezas sobre la casa de Mefistofeles y la miopía del locófito— lo empieza a fustigar con el cinturón de su abuelo materno.

Por lo demás, su digestión funciona a la maravilla. Los síntomas de úlcera han desaparecido. Su color ha mejorado notablemente. Y ha descubierto que la grama escocesa no sólo tiene muy buen sabor sino que también debe ser muy rica en vitaminas, porque nunca se siente débil y descorazonado como antes. Las rosas le encantan.

Sus hijos, antes díscolos y necios, lo visitan con frecuencia y se preocupan por su salud. El locófito vive cantándole que la vida es sosa, que todo es hermoso, que no se preocupe. Y él no se preocupa. Siempre hace todo lo que le canta.

PRIMERA Y ULTIMA HISTORIA DE MIRÁBILE MONSTRUM

Volverán, se decía el doctor Mónstrurn, recordando aquel verso de la Biblia que dice: "...vuelvan, pues, a la tarde y ladren como perros y rodeen la ciudad...", volverán a ladrar como Volkswagens en torno a la ciudad, y dirán que no opinan nada, o que de acuerdo con las variadas circunstancias del tiempo algunas formas del presente se han transformado en formas del pretérito, o que algunas formas del pretérito se han transformado en formas del presente, o que sí saben pero no saben, o que el fantástico desarrollo de las ciencias naturales desde mediados del siglo pasado creó, para suerte o desdicha del hombre contemporáneo, toda la actual civilización técnica, sin la cual nuestra vida cotidiana no sería cotidiana.

Y también dirán, seguía pensando el notable filósofo, que la religión verdadera no tiene ninguna dirección negativa con respecto al estado de cosas vigente, o que algunos caballeros de la especulación improvisada se tambalean sobre la cuerda floja de las hipótesis, o que es innegable que la filosofía dialéctica amplía enormemente nuestra

limitada relación con la realidad, o que en sus lecciones de historia de la filosofía Hegel proyectó su propio punto de partida acerca de la consumación filosófica, cerrando en esta forma el reino del pensamiento.

Y que a partir de un cierto momento, no se presintió nada sobre los confusos influjos que a partir de todo el mundo podían llegar a Europa, o que las universidades desmenuzan el espíritu pero también contribuyen a su desarrollo, o que la renuncia es fácil cuando nos niegan lo que más nos hace falta.

Todo esto, y más, mucho más, se decía el doctor Mónstrum a medida que avanzaba por la calle al final de la cual habría de toparse con el Volkswagen azul que dio al traste con su vida y sus meditaciones. Bajo los tilos.

FREUD: HIS SINS AND DREAMS

Soñaba Sigmund sosegadamente y, cosa que no era usual, se encontraba en ese momento sobre un verde prado, al lado de una vaca manchada, blanca y negra. La tierna mirada de la bestia hacía que un agradable cosquilleo recorriera su cuerpo desde la punta de los pies hasta la coronilla. Pero el cariz de las cosas volvió a cambiar.

Se encontró de pronto en una tienda, carpa o cueva donde otro hombre en cuclillas observaba las llamas de una hoguera. Abandonó la cueva. Vio una fogata en torno a la cual se reían unos guardias cosacos y que iluminaba caprichosamente una especie de muralla muy elevada sobre la que dos vigilantes oteaban con ojos luminosos el espacio exterior.

Los guardias desaparecieron y la hoguera se apagó. No volvió a ver los vigilantes, pero estaba la muralla. La estaba tocando en ese momento. La palpaba con las yemas de los dedos. La piedra estaba fría y húmeda, y sintió que su sangre se agolpaba en sus uñas. Percibió claramente la forma involucrada de sus huellas digitales. Y tuvo miedo.

Se puso a recorrer la muralla en busca

de una puerta que creía recordar haber visto antes. Primero de un lado a otro, pocos metros, y luego, después de mucho pensarlo porque ya no estaba seguro de cuál era su izquierda o su derecha, siguió hacia la derecha, pensando que iba hacia la izquierda. Caminó cada vez más rápido. Casi ya sin esperanza de encontrar la puerta. Había sido una alucinación. A medida que avanzaba se daba cuenta con más claridad de que la muralla no encerraba una ciudad. Sin embargo había pensado que la puerta correspondía a la de una ciudad oriental, Occiput, para ser exactos, donde había viajado con el fin de concluir algunos asuntos urgentes y de dictar un ciclo de conferencias sobre el culto de los símbolos oníricos.

Tenía que ser una muralla construida en línea recta, un muro, dedujo, que debía separar dos países puesto que no era *a* toda evidencia, ni el muro del jardín de una vieja casona, ni la tapia de un camposanto, en griego *koimeterion,* ni la pared de una cárcel. Y esos dos países tenían que ser la China y Mongolia.

¿De qué lado estaba él? Tuvo la certeza de que estaba en la China, porque de pronto le entró un incontenible deseo de fugarse con su cuñada a la Mongolia exterior,

donde, según tenía entendido, las gentes eran excepcionalmente feroces y amantes de las orgías violentas. Sí, no cabía duda, estaba en la China, al pie de la Muralla China. Y Mongolia estaba al otro lado.

“Detrás del muro está nuestro vivir”, se dijo. Y se detuvo. La muralla, había leído, tenía de largo dos mil leguas. Fue entonces cuando recordó las palabras de un sabio chino, quien le había escrito al primer emperador, el Supremo Augusto, pidiéndole que repartiera entre los altos dignatarios y los sabios el imperio que acababa de formar:

“Su majestad habrá oído decir que los reinos de la antigüedad perduraban cientos y hasta miles de años, y así era en efecto, porque los reyes de esas épocas repartían los territorios avasallados entre sus hijos, sus hermanos menores y los personajes más preclaros del reino, para apoyarse en ellos. Su majestad augusta posee ahora todo cuanto se halla entre los mares, mientras que hasta vuestros hijos y vuestros hermanos son simples particulares al servicio del estado. Su majestad:

En todo asunto

en todo *affaire*

hay que modelarse

en los viejos tiempos.

Nadie ha hecho

lo contrario

Impunemente”.

Pero Sigmund también recordó que el ideólogo del primer emperador le había contestado al sabio en esta forma:

Ni los cinco soberanos

o las cuatro dinastías

se repitieron

o se imitaron

pues los tiempos

cambiaban

como ahora.

“Y en este momento nuestro Augusto Soberano acaba de llevar a buen término una hazaña sin precedentes en la historia de la humanidad. Acaba de dar el último toque a esta obra de inigualables y gigantescas proporciones. Ha unificado el Caos. Ya no vivimos en un país ineficiente, desmembrado, inconexo. Para ello levantó la gran muralla. Con ella ya no seremos fácil presa de los bárbaros. Por fin estamos seguros y al abrigo. Pero ustedes, los intelectuales, hablan de los

tiempos idos para poder denigrar de los presentes y fomentan calumnias entre el pueblo. Siembran el pánico y cultivan el desorden. Y esto no se puede permitir".

Y al emperador le dijo: "Es un mal que hay que cortar de raíz. Yo propongo que se quemen las historias no oficiales y que se apague la voz de todos y cada uno de los sediciosos".

Y el emperador prestó oído a las proposiciones de su consejero. Decidió eliminar la oposición. Los delincuentes serían ejecutados con sus familias y sus bienes confiscados.

Pero hubo revuelos en la corte y el emperador se vio obligado a elaborar una encuesta. Los intelectuales contestaron las preguntas con respuestas contradictorias y formulaciones ambiguas o ataques a los intelectuales oficiales.

El emperador seleccionó cuatrocientos sesenta formularios y sus autores, con sus mujeres y sus hijos, fueron ejecutados sumariamente.

Llegado a este punto, Freud ya no supo qué pensar. Se había despertado sudando. Él había llenado uno de aquellos formularios.

III

LOS SUEÑOS

Si no tuviera cuerpo, ¿qué mal podría sufrir?

(delTao Te King)

EL HOMBRE

Ha de surgir. El hombre. No el superhombre. Tanto no podernos esperar. Sino el hombre que todos imaginamos, el que está detrás de nuestros sueños. La sombra que seguimos. Un hombre fuerte, cuyas palabras no excedan ni traicionen sus pensamientos sino que los reflejen uno a uno, claros y nítidos. Que no emplee la media lengua que nosotros usamos. Que sepa sobre el sol, la luna y los planetas y los nombres de las estrellas y de los árboles y las flores. Que se encuentre a sus anchas en el campo y en la ciudad. Que lea el pensamiento de los animales y comprenda a los hombres.

Ha de surgir. El hombre. No el Mesías. Tanto no podemos esperar. Sino el hombre que ha medido la tierra con sus pasos. Y que también la ha recorrido a tumbos, teniéndose de los postes de la luz, de los árboles y de los sucios muros de las cárceles. El hombre abatido. El insomne bañado en luz de luna en recintos solitarios. El que ha soñado. El que ha tenido pesadillas y las ha relatado para olvidarlas. Y no las ha olvidado.

UN SUEÑO

Estaba aprendiendo a pintar al óleo. Mi padre, quien hizo repetidas apariciones, no aprobaba la cosa. Le parecía una pérdida de tiempo. “El tiempo es oro”, decía mientras miraba tristemente mis primeros y torpes ensayos.

Estaba al borde de una especie de muelle sobre un río, pero también podía ser un precipicio. Había una cadena de montañas al frente. Yo estaba sentado ante el lienzo, tratando de captar el espíritu de las montañas. Pero la tela se convirtió de pronto en un espejo en el que vi mi cara.

De pronto se cayeron las perillas de mis orejas y el tabique de la nariz. Los recogí y los examiné sobre la palma de mi mano. Eran de plástico —rojos como una dentadura postiza.

Pensé que afortunadamente tenía el pelo largo y podía esconder mis incompletos órganos auditivos. Sólo que la nariz... ¡Qué cara extraña debería de tener ahora, con una nariz de un sólo cañón, una especie de tubo de carne que se bamboleaba ahí entre mis ojos bizcos! Después, en un prado del parque, dos gamines se estaban burlando de mí, pero

yo extendí la pintura que llevaba enrollada bajo el brazo. Representaba a un hombre con bigotes y bastante gordo. Una especie de aduanero Rousseau sin paisaje de fondo y en colores muy tenues. Los niños se quedaron mirándolo y dejaron de burlarse de mí.

SUEÑO II

Una mujer, aparentemente la Directora, llega a la escuela. Repite con un profesor seis frases en alemán que parecen referirse a fallas que yo he cometido. Su compañero repite una a una las palabras de la burócrata, pero de pronto la interrumpe y le dice: “Nosotros la apoyaremos hasta el fin” y añade: “Hay que ponerle fin a esta situación”.

Al otro lado de la calle, la escena cambia. La mujer se ha convertido en un hombre pero se disfraza de mujer ante los ojos asombrados de su perseguidor. Alguien pasa y se apresura, con el evidente fin de no ser reconocido.

Sólo que ahora es una niña que espera el bus. Le da la impresión de que la pareja de al lado lo ha reconocido. Para despistarla, sube unas escaleras y se pone a gritar su propio nombre como si estuviera llamando a alguien, pero la pareja no se deja engañar y sube las escaleras en su búsqueda.

Y ahora es un niño regordete y feo sobre el que alguien, presumiblemente yo

mismo, está filmando una película. Estamos en primavera. El niño se pasea a lo largo de una avenida y de vez en cuando arranca una hoja, verde y translúcida, que observa con atención.

Después de otras cosas que he olvidado, veo otra vez al niño, en una bicicleta donde lleva cargado un enorme estanque de agua en el que se refleja el verde de los árboles y el azul del cielo. El niño llega a un parque donde hay un gran gentío, en el que sobresale la figura de un hombre muy alto con un gran letrero sobre el pecho que dice: BUENAS NOCHES.

En ese mismo momento atravieso la calle para hablar con otro de los hombres. Tengo que pasar muy cerca del hombre con el letrero. Este me sigue. Oigo sus pasos detrás de mí. Toda la gente se da cuenta de que me está siguiendo, de que se acerca. De pronto, armado de un extraño valor, me doy vuelta y lo miro.

No tiene ojos y en sus manos, bajo el letrero, tiene abierto un libro muy grande y muy antiguo. Trato de leer, pero las páginas están en blanco.

EL SUEÑO DE UN BUROCRATA

El corazón humano es inescrutable, eso lo he oído varias veces y lo he podido comprobar muchas, pero sigo, a mi edad, ilusionándome, soñando con la gallina de los huevos de oro. El tiempo no se vive realmente. Ayer es hoy, hoy es mañana. El sol, la luna y la tierra giran armoniosa y regularmente. La luna, esta noche, estaba bella como nunca, llena a más no poder, enorme y radiante.

Espero poder cruzar el río mañana. Ya es hora de que baje. Hace ya varios días que dejó de llover y hay pedazos de tierra seca en la ribera. Las lluvias cesaron y, al otro lado, hay multitudes que esperan, como yo, cruzar la gran corriente. No digo “nosotros” porque aquí, de este lado, no hay nadie. Ni un hombre, ni una mujer, ni un niño. Estoy perfectamente solo. He tenido bastante tiempo para comprobarlo. La lluvia duró varios años. He caminado siguiendo la corriente. Me he internado en los campos, he escalado montañas. Todo el mundo está del otro lado.

Y la gente, allá, se hace más numerosa a medida que pasan los días. A veces trepo a los montes para ver- la mejor. Está desesperada. Quiere pasar a toda costa. Tengo la impresión de que ya no le queda

sitio. He visto caer racimos de personas. Los he visto caer al agua y desaparecer a los pocos metros, zarandeados por las enormes olas.

hl gentío hace un ruido constante y sordo, que se confunde y apaga a veces el pavoroso estruendo de las aguas. No sé qué hago aquí, ni cómo llegué. Sólo recuerdo haber recibido la orden de ir a una ciudad que queda más allá del desierto, para llevar a cabo ciertas diligencias relacionadas con un negocio de suma importancia que mi patrón ha estado preparando desde hace largo tiempo. Creo recordar esto, pero he olvidado todo lo demás, incluso las diligencias que tengo que hacer y el nombre de la ciudad. Lo lógico sería que echara marcha atrás, que buscara a mi jefe y le preguntara exactamente lo que tengo que hacer. Pero esto sería inútil, puesto que mi jefe tiene que estar al otro lado, con la demás gente.

LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

En una misión investigativa me dirijo a X. Soy un detective novato y mi arma de dotación pesa enormemente bajo mi verde chaqueta de gruesa pana. No fumo pipa pero sí unos cigarrillos exóticos muy difíciles de conseguir. No los hay en X, la ciudad donde debo llevar a cabo mi misión que consiste en capturar vivo, no recuerdo si muerto, a un peligroso criminal con docenas de crímenes en su historial.

En X inicio la búsqueda infructuosamente. Recorro bares, locales, burdeles y hoteles de mala muerte sin ningún resultado. Ninguna pista. Tengo que recurrir al nieto de Sherlock Holmes, un individuo flaco y alto que pasa por ser el mejor sabueso del lugar, debido sin duda a su lazo de parentesco con el inmortal héroe de Conan Doyle. Gracias a su finísimo olfato pronto localizamos al criminal. En el momento de su captura se relame con indefinible gusto después de haber saboreado una gigantesca banana split de chocolate en un salón de té lleno de señoras con enormes sombreros.

Ebenezer Holmes, otro agente, y yo lo conducimos a N, mi base de operaciones, en un carro de antiguo modelo que ruge y traquetea escandalosamente. En un lote vacío

de una ciudad intermedia, el carro se vara y nosotros, ignorantes de la mecánica, nos dedicamos a contemplar boquiabiertos el motor. El carro que nos ha venido siguiendo se parquea a media cuadra. Lo ocupan tres agentes de X enviados por el jefe de la policía, un oficial viejo y desconfiado.

De pronto, en un descuido, nuestra presa emprende carrera pero, debido a mi envidiable físico, pronto lo alcanzamos. El agente y yo sacamos a relucir nuestras armas. Ninguno dispara. El hombre se contorsiona, se arrodilla y nos suplica que lo eliminemos. Yo, el más novato, le apunto al pecho y disparo varias veces. El pobre diablo cae llorando. “Asesino” es su última palabra. Mis acompañantes se miran entre sí. Me miran. Yo trato de esconderme bajo la punta de mis zapatos chaplinescos, pero en ese momento se oye la sirena del carro policial, y los tres emprendemos la fuga.

La policía no somos nosotros.

MISION SECRETA

A menudo pienso en la muerte. La vida que me ha correspondido vivir me llena de temores y de presentimientos. Sin embargo, en este momento no me interesa sino una sola cosa: seguir viviendo.

Los peligros de esta misión son excesivos. Es obvio que nunca llegaré vivo a mi destino. No he recorrido ni la mitad del camino y ya estoy en harapos, sin un centavo y con los síntomas inconfundibles de una grave dolencia. Me han robado, me han engañado, me han insultado y rne han herido.

Antenoche, dos hombres enmascarados me asaltaron a una cuadra de mi hotel. No me mataron de puro milagro. Tuve que darles los pocos pesos que me quedaban, hasta lo que tenía para pagar un día más de hotel. Mañana, probablemente, tendré que dormir en la calle. La policía me recogerá y pasaré el resto de mis días en la cárcel o en un manicomio. Dirán que estoy loco porque no sé ni de dónde vengo ni para dónde voy. Pero yo sí sé. Sólo que no puedo decirlo porque es un secreto. Y la infidelidad me costaría la vida.

FALTA DE SUEÑOS

Nunca había soñado, nunca había sido despertado por una pesadilla ni había sentido jamás por la mañana la sensación agradable que deja el recuerdo de ciertos sueños. Pero tenía tantos deseos de soñar y era tal la esperanza que lo embargaba desde pequeño que su deseo, un día, se tornó realidad.

Despertó con la certeza de que había tenido un sueño. Que este tuviera un extraño parecido con el día anterior, que coincidiera con él en todo, no tenía la menor importancia. Lo cierto, lo indudable, era que por fin había tenido un sueño. Y que ese sueño no dejaba, por ser igual a las horas vividas, de ser algo maravillosamente irreal y, al mismo tiempo, algo mucho más real que el recuerdo de las cosas que le habían sucedido realmente. Algo lleno de extraños significados y de crípticas promesas.

Fue así como comenzó a soñar: pasaba un día, y el día, por la noche, se convertía en un sueño. Despertaba con su recuerdo pero sin esa angustia que antes, cuando no soñaba, se apoderaba de él al percibir que había pasado varias horas en la oscuridad, por lo visto en su cama, ignorante por completo de lo que realmente había sucedido

durante ese rato inquietantemente largo.

Cada día se fue convirtiendo en un sueño. Y poco a poco sus recuerdos fueron no de vivencias sino de sueños. Nada de lo que recordaba había sucedido en la realidad. Estaba fuera de la historia. Su memoria era del todo onírica.

Y esto era tan agradable que la expectativa de que sucediera algo se hizo dolorosa, lancinante. Vivía para soñar. Su vida se volvió un perenne sueño. Nada lo afectaba, ni la luz, ni la mujer, ni los amigos.

Caminaba por la calle y nadie percibía su paso. Ocupaba una habitación de la cual otro, un desconocido, era el inquilino real. Sus relaciones con los demás eran aparentes. Su voz, cuando se veía obligado a usarla, era inaudible. Y no hacía ni el más mínimo esfuerzo para que lo oyeran o lo vieran.

Estaba en un sueño todo el tiempo, y no sentía frío.

AFUERA Y ADENTRO

Todo empezó cuando me di cuenta de que no tenía nada adentro, de que allí reinaba, o más bien brillaba por su ausencia, el más absoluto vacío; y de que, en cambio, el mundo que rne rodeaba estaba atestado de objetos y de gente que se mataba por su posesión. Yo, después de este descubrimiento, preferí vagabundear en mi espacio interior, porque este era el único sitio en el que podía moverme con una libertad imposible de alcanzar en el mundo atestado y caótico de afuera.

Hasta mi cuerpo, este cascarón, me causaba problemas sin cuento. Heridas, dolores, rasquiñas, molestias aparecían constantemente distrayéndome de mi recién descubierta vocación: la exploración de ese espacio que se agrandaba a medida que podía dejar de pensar en mi cuerpo y de participar lo menos posible en la sofocante vida de afuera.

A la ciudad convergen interminables hileras de hombres que dejan atrás un territorio cada vez más vacío, al que sólo vuelven pasajeramente cuando los dejan las absorbentes ocupaciones ciudadanas que los hacen chocar unos con otros. Yo no volví a sentir el deseo de salir de la ciudad en busca

de despoblados. Ni chocaba con los demás. Ahora tenía el recurso de mi propio Sahara, un desierto en el que se perdía mi voz y en el que mis pies no dejaban la menor huella. Allí tenía la certeza de que nunca jamás iba a encontrarme con otro explorador o con un objeto que no fuera la opaca claridad en la que me desplazaba como un pez en las profundidades del mar.

Pero esto duró poco. Una vez hecho el descubrimiento, cuando creí haber solucionado mis problemas de una vez por todas, encontré que unas sombras se cruzaban en mi camino y que esas sombras correspondían a figuras conocidas, irreales, pensaba al principio, pero que fueron adquiriendo características cada vez más tangibles.

Con el tiempo fueron creciendo en número y sus actividades se hicieron más complejas. Ya no se contentaban con deambular y cruzarse conmigo, se decían secretos y se dedicaban a cargar objetos y a mudarlos de sitio, a construir chozas y edificios, a poner letreros, a hablar cada vez más duro.

El espacio, que había tenido por infinito, se colmó de pronto, hasta que mis movimientos se hicieron utópicos. Diferenciar

entre afuera y adentro se volvió una tarea increíblemente ardua. Después de un tiempo me era imposible hacerlo.

Mi espacio interior dejó de ser refugio. El sueño se convirtió en tortura. Tuve que llenar mis días con actividades que me evitaran desplazarme en cualquiera de los dos mundos, para ese entonces idénticos. Y me concentré con toda mi fuerza en el trabajo que aún desempeño.

En cuanto ascensorista tengo que seguir órdenes constantemente. Las obedezco como una máquina y he llegado a identificarme por completo con el ascensor. Ya no soy una persona que opera una jaula que sube y baja, se abre y se cierra.

Mi espacio interior no está del todo lleno ni del todo vacío. Adentro siempre hay gente que está ansiosa por salir. Afuera hay más gente esperando su turno para llenarlo, cuando se desocupe.

PARANOIA

Dónde he llegado, se pregunta, ante el edificio simétrico y rectangular en el que se encuentra hospeda- do desde hace días, sin entender muy bien la razón por la que se encuentra allí y no en otra parte, en su casa con sus hijos, por ejemplo, en esa ciudad de calles recorridas a pie desde la infancia, a veces con angustia, a veces rebosante de tímida felicidad, y donde las caras de ciertas personas le traen a la memoria imágenes de esa remota edad con la que sueña cuando está a punto de dormirse todas las noches. Edad de oro, piensa, sin recordar que en ella soñaba, soñó siempre, con los tiempos que vendrían después, los años de plenitud y de control, en los que se supone que debe estar ahora.

Su edad, treinta y tantos años, es prueba irrefutable de su madurez, de su responsabilidad, de eso no se puede evadir por más que lo desee, lo que no impide, por supuesto, tampoco, que viva preguntándose

sobre sus motivos, sobre los impredecibles resultados de sus acciones, sin tener él mismo certeza de nada, así como en este momento, al aproximarse al edificio donde tendrá que dormir esta noche que ya avanza sobre el ondulado y verde país en que se encuentra.

Se pregunta cómo ha llegado. Ha venido en avión, lo sabe, pero esa explicación le parece insuficiente, no se trata del medio físico, se trata de la posibilidad que en un momento se hizo realidad y que ahora, en este instante, ya es pasado, otro recuerdo vago para meter en el desfondado cajón de su memoria.

Un escéptico interlocutor, uno de esos hombres que guarda dentro de sí, interrogándolo sobre su pasado, podría probarle que siempre ha estado donde está ahora, que nunca se ha movido de ese sitio, ni salido jamás de la interminable ciudad que lleva a cuestas o, también, que su memoria lo engaña, que no tiene hogar ni tiene hijos.

En el edificio hay largos pasillos con muchas puertas que se enfrentan de modo que si estuvieran abiertas cualquiera podría fisgonear sin mayor esfuerzo al ocupante de enfrente, solo que esto nunca sucede porque las puertas permanecen siempre cerradas. A pesar de que lleva varios días allí, no conoce

a nadie y nadie lo ha invitado. Llega a creer que muchas están deshabitadas. No ha visto mucha gente y no ha oído ruidos —claro que los pasillos y los apartamentos están todos entapetados y que, de noche, el edificio cruje como un viejo barco. Cuando llega a su pieza, cierra la puerta, se pone al acecho y, cuando cree oír algo, se apresura a salir al corredor para encontrarse con alguien que le dirija la palabra, que le diga aun cuando sea “Buenas noches”, para quitarle la idea de que ha perdido todo contacto con el mundo.

Este hombre, como cualquier otro, ha tenido sueños, ha tenido pequeñas satisfacciones y unas cuantas catástrofes sentimentales, nada que se pudiera calificar de extraordinario. Sin embargo, él insiste para sí mismo en la irreemplazable calidad de lo que ha vivido, en la naturaleza absolutamente individual de sus experiencias. Por ejemplo, en este momento, a pesar de que no ignora que sus vecinos existen y que deben de ser muy parecidos a él, se imagina que todos deben estar en alguno de los apartamentos charlando y bebiendo pero también, tal vez, conspirando contra él, ideando la manera de sacarlo de allí, ese último refugio donde se ha amparado para conservar lo poco que le queda de vida, los años de recuerdos que han de venir.

DESPERTAR

Hago, siempre hice las cosas que no quise, que no quiero hacer. Parece que el destino me maneja como un juguete, que no puedo hacer nada para cambiar algo que ha sido previsto desde el comienzo del mundo. El problema está en que la conciencia que tiene la gente de lo que la rodea se opone a ese curso trazado de antemano, a menudo con extrema perversidad.

Siempre, a esta hora, cuando despierto, me doy cuenta de todo. Recuerdo cosas que había olvidado y en cierto modo revivo trozos enteros de mi vida, a veces, tengo la impresión, toda mi vida. Y encuentro que hay mucho, demasiado, de qué arrepentirme. Después hago planes, examino con fría mirada mis actos y mis omisiones. Pero nunca tomo las decisiones que lógicamente tendrían que resultar de este involuntario y obligado examen de conciencia.

Reviso, una por una, mis fallas. Atravieso estrechos túneles y grandes vacíos. Me veo solo como un perro abandonado, tal como seguramente terminará mi vida. Este duelo de años ha agotado todas las reservas que me quedaban. Hablo de mis reservas de optimismo, de voluntad, de fuerza.

Y después de esta diaria revisión, al terminarla, encuentro que soy otro. El que se mueve, el que habla, el que ríe no soy yo sino mi amo y señor. Yo soy su esclavo. Hace unos años no se me hubiera ocurrido pensar así. No percibía la división radical entre esa mole de carne sudorosa, jadeante y perfumada, y este ser tímido, pequeño y pusilánime que soy.

Ya han pasado, lo sé, la mayor parte de mis días. Y esto me hace caer en la cuenta de que no tengo nada que mostrar, de que he sido un egoísta de tiempo completo. Aunque, también, de que mi amo me ha forzado a ello. Por eso el destino ha querido que fuera olvidado en mis últimos años, y el olvido es el peor de todos los castigos. Peor que la muerte. Pero uno sigue como si nada, respirando, moviéndose, actuando, haciéndose el que actúa.

Muchos viejos nos parecemos a las mujeres. Nos arreglamos, nos perfumamos, nos maquillamos como ellas. Corno ellas querernos parecer más jóvenes de lo que somos, hasta que desistimos —a casi todos nos pasa— y nos dedicamos al exclusivo entretenimiento de reconstruir lo que hemos vivido y de tratar de desenterrar las cosas buenas que hemos hecho para no

presentarnos en el cielo con las manos vacías. El triste presentimiento de que también yo caeré en esta ilusión me agobia y no me deja actuar.

El hombre es doble. Sólo controla el lado izquierdo de su cerebro, la mitad de su ser. Saber esto, sin embargo, es lo mismo que nada. Mi amo me ha ordenado que me levante y desayune. Tengo que obedecerle.

IV

LA CONQUISTA

O vie, si vieille!

—André Malraux

EL RETORNO DE DRÁCULA

Es cierto. Se fue y dejó de venir durante muchos años. Los niños crecieron. Mire lo grandes que están: ya todos tienen gafas y van a la universidad.

Ellos no lo reconocieron. Pero entre él y yo las cosas pasaron como si no se hubiera ido nunca. El mismo día que volvió nos dimos cuenta. No había cambiado nada. A los dos minutos estábamos donde mismo habíamos empezado, cuando nos casamos, hace ya tanto tiempo.

Él me dijo que no quería sangre para la comida. Yo le dije que no había nada más.

EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO

Ya iban a dar la partida cuando los jockeys que debían montar las dos cabalgaduras favoritas, las más fuertes y las más veloces, empezaron a darse trompadas.

El público expresaba su impaciencia con injurias para el par de irresponsables, o tomaba partido y los zahería y animaba por turnos como a dos gallos de pelea. Los jueces trataban de separarlos en vano, mientras los demás jockeys, al ver sus posibilidades de triunfo aumentadas, los observaban sin mover un solo dedo.

De pronto, las bestias se soltaron y empezaron a correr sin jinetes. Corrían como dioses, veloces como nunca, raudas y tremendamente bellas, todas con un mismo impulso que las llevaba a todas unísonas al triunfo, sin dársele un pito a ninguna pasar alguna meta.

Los espectadores, los jueces y los jockeys murieron con la boca abierta. Así fue el fin del mundo antiguo.

PADRE E HIJO

Miró al niño y dirigiéndose a él se dijo: “No debías de estar aquí. ¿A qué has venido? ¿Cómo hiciste para ser? Este mundo es mío.

Mi mundo. Tengo el hábito de sus atardeceres, de las tres comidas diarias y de mis conversaciones en clave. No quiero extraños en él. Que nadie pueda preguntarme quién soy. Mi desgaste es la medida de mi conocimiento. Por eso protejo estos espacios vacíos, este tesoro mío, entre estas paredes que me han visto decaer.

“Soy el único autor de la muerte de mis padres y no quiero que tú, a tu vez, me destruyas. Antes de que llegaras, me quedaba alguna posibilidad. Ahora que estás aquí, no sé cómo podré llegar hasta la puerta para salir de esta prisión que acabas de levantar de golpe en torno a mí. No debías de estar aquí.

“Me has hecho tu esclavo, un pobre siervo en cadenas que no puede romper porque ni siquiera puede palparlas. No puedo ambicionar hacerte hombre, porque no sé qué es un hombre. Algunos lo definen por sus responsabilidades. Yo las he tenido y sin embargo aquí estoy, otra vez eludiéndolas. ¿Podría decir que soy un hombre?

“Pero soy igual a los demás, nada me diferencia. Mis faltas las suplen algunos. Compartimos algunas virtudes. Voluntad no tengo, de nada, y menos ahora. No puedo buscar nada. Nada he perdido. Nada he ganado. Ni siquiera puedo salir a b calle,

confundirme, meterme en el cuerpo de otro y marcharme, volver atrás, avanzar... sólo me queda permanecer aquí, boquiabierto, preguntándome qué haces tú aquí, en mi mundo”.

EXHIBICIONISTA

Escribía sobre Dios y sobre la muerte, que es donde se encuentran. La vida es una preparación para la muerte, un estrecho camino, un túnel que conduce al ancho cielo abierto. Escribía sobre Dios y se tomaba diariamente dos paquetes de pastillas contra la gripa. Escribía sobre la muerte y todos los domingos iba a un parque donde se sacaba el sexo, arrugado y violáceo, cuando veía alguna pequeña, preferiblemente de rubios cabellos y ojos azules corno los ángeles. Y mientras la niña lo miraba con ojos desorbitados, paralizada, su sexo recobraba la vida y le hacía señales por su cuenta, casi sin ayuda de sus manos, al inocente ángel, quien se acercaba entonces y lo examinaba cuidadosamente.

Él se arrepentía, sudaba a mares, se golpeaba el pecho, se arrancaba el pelo, sentía ganas de ahorcarse, de caparse, de sacarse los ojos, de cortarse las manos, pero el ángel no se iba, los ojos le brillaban, el pelo le brillaba, su vestido azul brillaba, era como una estrella, una estrella que lo guiaba a él, marinero en un mar sin estrellas.

Después, se tomaba una manotada de píldoras contra la gripa y escribía sobre Dios hermosamente.

UN VISITANTE

Un hombre llegó a mi ventana y me observó largamente antes de que yo me diera cuenta de su presencia. Le hablé en todas las lenguas que conozco y él rne hacía señas con las manos. Se tapaba la boca para mostrarme que era mudo.

Recordé haber leído que la primera raza no sabía hablar. Caí en la cuenta de que el hombre pertenecía a esa raza y que era inmensamente viejo. Lo supe cuando lo vi, al abrir la puerta. Su cuerpo se movía en una forma distinta. Su cara emitía un claro resplandor. Su piel era suave y sus músculos firmes. Le hice, como pude, preguntas banales. Su nombre, su edad, lo que quería. Estaba vestido con una túnica blanca que se quitó de pronto, quedando completamente desnudo. Lo hizo con la mayor naturalidad.

Con señas me dijo: “Déjame que te cuente la historia de un hombre arruinado por su propia mezquindad. Un hombre que pasó dormido por la historia y el mundo. Soñando despierto. Pensando que el amor era todo o no era nada”.

LA HISTORIA RESUMIDA

Gritos destemplados y salvajes resonaban en los sueños de aquella espiritual cantante. Sus antepasados más remotos reclamaban su derecho de no desaparecer para siempre, y encendían hogueras en torno a las que danzaban frenéticamente celebrando horribles proezas de antropofagia cuya visión despertaba a la artista bañada en un sudor helado.

Todos esos ritos escalofriantes los presidía una enorme mujer que, en la plenitud de sus arrugas, observaba los desmanes con una beatífica sonrisa mientras acariciaba los angelicales cabellos rubios de una niña de grandes ojos azules.

Los celebrantes desaparecían y la mujer se convertía en un indescriptible monstruo que ahogaba a la niña y luego empezaba a comérsela, empezando por los dedos de los pies. En ese instante, la soprano, inolvidable intérprete de Schubert, se despertaba presa de un gran dolor en sus pies azulosos.

El sueño se repitió tanto y eran tales los tormentos en que la sumía que trató de no volver a dormir, un intento fútil que la agotó y la forzó a internarse en un sanatorio suizo.

Su canto, que ahora había adquirido matices extrañamente primitivos, alejó a todos los pacientes del sanatorio y sepultó a su dueño en la bancarrota y la deshonra.

Después, en reuniones de espiritismo con importantes estadistas, la famosa cantante rigió indirectamente el destino de una gran nación a través de la humanidad de un primer ministro que se había enamorado locamente de ella. Y la guerra volvió a asolar el mundo.

ENCUENTRO

En el cielo claro, sin una nube, brillaban esplendorosas la luna y las estrellas, pero lo que abajo, en el desértico valle, tenía lugar pertenecía al orden de los desmanes y las catástrofes.

Un niño se acerca a la puerta de una casucha solitaria, a muchas leguas de un pueblo fantasma. Famélico y con el vientre monstruosamente hinchado, proyecta sobre la blanca arena una sombra corno de mujer embarazada, que. el dueño de la casa, agazapado tras un postigo, observa con nostalgia. Sus ojos, irritados por la falta de sueño, se llenan de lágrimas y un lamento espantoso, como el de un coyote herido, llena la casa de dolor.

Petrificado, el niño espera.

El hombre se acerca a la puerta y, tras unos minutos de espera mientras se secan sus lágrimas, la abre de par en par, esperando ver el recuerdo que la sombra había despertado en su alma.

El niño lo mira con sus enormes ojos negros, y sonríe.

“¿De dónde vienes?”, le pregunta el hombre, pero el niño lo sigue mirando sin

decir una palabra.

“¿A dónde vas? ¿Te has perdido? ¿Dónde está tu madre? ¿Tu padre?”, le pregunta de nuevo, casi en sollozos, al mismo tiempo que coloca una de sus enormes manos sobre el hombro menudo del pequeño.

‘ ‘Yo he perdido lo que amaba’ ’, le dice el hombre y le pregunta: “¿Tú también?”. Y entonces, por primera vez, el niño se da por aludido y asiente con la cabeza.

“Entra”, le dice el hombre, “tal vez pueda llegar a amarte”. Y el niño entra a la casa que será su cárcel — las cuatro paredes que serán el único testigo de su infame servidumbre.

LA BUSQUEDA DE LA VERDAD

El viejo sabio solía llevar a su discípulo al borde de un precipicio para impartirle allí sus ideas sobre la vida, la muerte y la vida después de la muerte.

El joven nunca faltaba y escuchaba sus palabras como si todo dependiera de ellas. Con el tiempo, sin embargo, un pensamiento se interpuso entre su mente y las sentencias del anciano, como una de esas nubes preñadas de lluvia que ocultaban a veces el reflejo del sol sobre los lagos que se veían a lo lejos.

El turbio pensamiento, que era como un sueño, trataba sobre la muerte y la fragilidad de la vida, y tenía dos remates: en el primero, él empujaba al anciano y se quedaba al borde del precipicio, huérfano para siempre de la Verdad, en el segundo, él daba un traspiés y caía, dejando al sabio al borde del precipicio, amo y señor de la Verdad.

Todo ello pasaba por su mente como una pesadilla, y cuando se despedía del viejo al borde del camino, le parecía despertar y razonaba que nada de aquello tenía por qué suceder.

Al caer vertiginosamente, una clara mañana, sólo tuvo tiempo de entender que se había engañado: la Verdad nunca sería suya,

pero tampoco era propiedad del sabio.

EL SUEÑO DEL JEFE

Entonces, desde el fondo del parque que rodeaba la mansión, llegó el eco de un interminable grito de terror. Todos despertaron, hasta el Jefe, quien solía, ahora que se había retirado de los negocios de este mundo, dormir a rienda suelta casi todo el tiempo. El Jefe soñaba. El alarido que todos oyeron tuvo lugar en uno de sus sueños. Pero el Jefe no sobrevivió su despertar sino escasos segundos. Nadie supo cómo había sido aquel sueño.

Sin embargo, unos días antes, el anciano le había contado un sueño a su nieto menor. Caminaba a campo traviesa. Una serranía lila se perfilaba en el horizonte. La tierra era desértica. No había árboles, apenas arbustos polvorientos y cactos que herían sus piernas con sus agudas espinas. Era de noche y las estrellas brillaban intensas. De pronto se apagaron, salió el sol y se encontró a escasos metros de la puerta de entrada al parque. Allí había visto una cosa que no podía contar porque era demasiado terrible.

El niño preguntó: “¿Qué viste? ¿Qué viste?”, una y otra vez, hasta que el Jefe, fatigado y a punto de volver a dormirse, le respondió que se había visto a sí mismo, cuando en la plenitud de sus fuerzas, tenía el

poder en sus manos.

El niño le preguntó entonces si también se había visto cuando era niño como él, antes de que supiera cuál habría de ser su destino. El viejo le contestó: “No, todavía no, pero pronto estaré allí y lo veré”. Y cerró los ojos.

LA CONQUISTA

Después de una larga y penosa travesía llegamos a tierra firme. Nos encontramos en medio de una región llena de grandes ríos, pantanosa y sin un solo ser humano. Nos perdimos entre falsos islotes formados por arbustos retorcidos que a veces llegaban a ser tan altos como la borda de nuestro barco. En ciertos parajes despejados, los grupos de arbustos parecían islas. Pero cuando pensábamos pisar tierra nuestros pies se hundían en el agua. Los días pasaban y seguíamos perdidos en un laberinto plagado de mosquitos, fiebre y pesadilla. Hasta que por fin salimos a mar abierto y navegamos hacia el suroeste. Dos días después nos hallamos en una gran bahía con muchas casas y gentes en sus playas. El agua transparente, entre azul y verde, se mecía dulcemente. El barco se quedó estático, sujeto apenas al suave vaivén. En el fondo se podían ver blancas y pulidas rocas, caprichosos corales y algas entre las que nadaban nubes de hermosos peces de colores.

Descendimos a tierra y las gentes nos rodearon. Tocaban nuestras armaduras y nos acariciaban la cara. Estaban completamente desnudos. Las mujeres color de miel y de piel suave y perfecta eran todas, salvo las muy

ancianas, bien proporcionadas y de largos y sedosos cabellos negros.

Los hombres también eran muy bellos, de cuerpos gráciles y fuertes, aunque no demasiado musculosos. No tenían pelo en ninguna parte fuera de un ligero vello en el pubis. Tenían el de la cabeza negro, lacio y corto, en comparación con el de las mujeres.

Estas eran dóciles y coquetas. Nos tocaban por todo el cuerpo y acariciaban nuestras vergüenzas frente a sus hombres, que no mostraban por ello ningún disgusto. Antes bien, se mostraban complacidos. Empujaban a las rnás tímidas hacia nosotros para que nos acariciaran como las demás. Nuestro nerviosismo del principio se fue desvaneciendo y los más aturdidos empezamos a responder a los besos de las bellísimas mujeres. Herrera se desnudó. Su cuerpo velludo provocó un gesto de admiración entre los nativos. La mujer que estaba con él extendió en el suelo una estera que un hombre le había alcanzado. Se acostó en ella. Abrió sus piernas y Herrera la cubrió. La cubrimos todos, uno a uno. Y a las demás.

Los hombres nos observaban y hablaban entre sí, comentando las incidencias de la bacanal. Las mujeres eran expertísimas en el arte del amor y hacían maravillas con

sus lenguas que besaban y lamían ávidamente nuestros cuerpos salados y desacostumbrados a los abrazos.

De pronto, los hombres se callaron y se fueron mezclando con nosotros. Sus caricias eran tan expertas como las de las mujeres, que volvían a aprovecharse de nuestra excitación. Nos chupaban los sexos cuando no teníamos más ánimo y se turnaban con los hombres que nos penetraban y penetraban a las mujeres, dando prueba de una virilidad extraordinaria.

No tuvimos vergüenza alguna en que los hombres nos usaran como si fuéramos mujeres. Todo lo contrario. Nunca habíamos sentido placeres iguales.

Habíamos olvidado nuestro Dios y sus dioses, sensuales y exóticos, se habían convertido en nuestros amos. Aceptamos las bebidas y la yerba para fumar que nos ofrecieron y, sumidos en una maravillosa ebriedad, aceptarnos todo lo que nos pidieron aquellos nativos de cuerpos insaciables. Después de unos días, todos queríamos quedarnos allí. Era un lugar único, hecho para el amor, separado del mundo por la bella bahía y los montes de formas sensuales que la encerraban.

La gente se alimentaba con frutos y

pescado. Hombres y mujeres trabajaban en la pesca con pareja habilidad. Los hombres cazaban, siendo la caza variada y abundante.

Era tan delicioso e insospechado el placer que sentíamos que hubo quien dijo que estábamos en el paraíso terrenal, ese hermoso jardín situado en las Antípodas; y alguien dijo que aunque no hubiera oro era El Dorado.

El tiempo era invariablemente templado y un tibio viento nos acariciaba de día y de noche. De noche, las estrellas brillaban luminosas y abundantes corno en ninguna otra parte de la tierra. El susurro del mar nos arrullaba y las canciones que cantaban los nativos alegraban nuestras noches. La comida era buena y el agua exquisita, así como los licores que bebían y la hierba que fumaban.